

Antje Windgassen

# UNIDAS AL PODER

MUJERES DE DICTADORES



Tébar



*Unidas al poder*  
*Mujeres de dictadores*



*Antje Windgassen*

*Unidas al poder*

*Mujeres de dictadores*



**Editorial Tébar, S.L.**

Datos de catalogación bibliográfica:

**UNIDAS AL PODER  
MUJERES DE DICTADORES**  
*Antje Windgassen*

EDITORIAL TÉBAR, S.L., Madrid, año 2005

ISBN digital: 978-84-7360-397-3

Materias: Biografía

Formato: 140 × 215 mm      Páginas: 212

[www.editorialtebar.com](http://www.editorialtebar.com)

***Todos los derechos reservados.***

***Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa de Editorial Tébar. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).***

***Unidas al Poder***

© 2005 Editorial Tébar, S.L.

C/ de las Aguas, 4

28005 Madrid (España)

Título original: ***Im Bund der Macht  
Die Frauen der Diktatoren***

© 2001/2003 Campus Verlag / Frankfurt am Main

La versión española ha sido posible gracias a la colaboración de la agencia Eulama

Traducción: Daniel Poyán Rubow

***ISBN digital: 978-84-7360-397-3***

Diseño editorial: Rebeca Irazábal

Diseño de portada: Omega Estudio Gráfico

# Índice

Prólogo .....	9
Las esposas del zar rojo: Ekaterina Svanidze, Nadezhda Alliluyeva y Rosa Kaganovich .....	13
Las mujeres del Duce: Rachele Mussolini y Clara Petacci .....	39
La exigente esposa del Caudillo: Doña Carmen Polo de Franco “de Meirás” .....	79
De actriz a revolucionaria cultural: Jiang Qing .....	97
La condesa Drácula de los Cárpatos: Elena Ceaucescu .....	115
¿Mítica figura maternal o ramera sedienta de poder? Eva Perón .....	131
La mayor educadora de la RDA: Margot Honecker .....	153
De luchadora por las libertades a prisionera de su propio marido: Jovanka Broz Tito .....	173
La mujer más poderosa en la historia de Serbia: Mirjana Markovic-Milošević .....	193
Epílogo .....	209



## *Prólogo*

La historia se repite una y otra vez. Cuando cae en nuestras manos la biografía de una mujer nos encontramos, con toda seguridad, no sólo con notas sobre su carrera profesional o su trabajo sino con multitud de apuntes sobre su vida privada. Si estaba casada, con quién y porqué. Qué profesión tenía su marido y la influencia que él ejercía sobre ella o cómo eran sus vidas.

En cambio, en las biografías de los hombres se debe buscar esta información durante mucho tiempo y la mayoría de las veces es un trabajo en vano. La vida privada de los hombres parece no jugar un papel importante, sólo cuentan los hechos. Cómo y con quién han compartido su vida los hombres se considera insignificante en la mayoría de los casos, sólo se llegan a dar un par de nombres o datos, nada más. Es evidente que el significado de la relación de pareja es indiscutible y que lo relacionado con estos datos sería muy útil para darnos una visión general del personaje.

En la actualidad ya existe una extensa bibliografía sobre los dictadores del siglo XX, sus crímenes, sus delirios y su desprecio a la humanidad. Biógrafos e historiadores han descrito su conducta destructiva y han intentado analizarla en todas sus facetas pero por lo general han pasado por alto a las mujeres que estuvieron a su lado.

Pero, ¿quiénes eran esas mujeres?, ¿qué las ha llevado a vivir precisamente con esos hombres, que probablemente no tuvieron ninguna de las cualidades que supuestamente el sexo femenino tanto apre-

cia en un compañero? honradez, fidelidad, cariño, humor... De hecho, es difícil encontrar cualidades en estos hombres, que han extendido el miedo y el horror y que han aterrorizado y maltratado a toda la población. Sin embargo, ellos tenían otra cosa que ofrecer a sus mujeres: ¡poder! Como dirigentes de un sistema totalitario, como autócratas de todo un estado disponían de la mayor autoridad imaginable.

Este libro intenta esbozar la vida de cada mujer que aceptó aliarse con este poder; es decir, la verdadera vida que en muchas ocasiones se ha intentado ocultar bajo biografías oficiales o falseadas. He intentado averiguar los diferentes motivos que estas mujeres tuvieron para compartir su vida con ellos y descubrir su propia relación con el poder.

Por este motivo hago hincapié en que el libro intenta mostrar la verdad sobre las mujeres de los dictadores, ya que se ha demostrado que esto no es nada fácil. A menudo no salieron a la luz determinados acontecimientos porque oficialmente los hombres eran los que jugaban un papel primordial y a las mujeres que estaban a su lado no se les concedía la suficiente importancia. Además, no podemos hablar de una realidad precisa con los datos de los que disponemos. Se ocultaron datos, se destruyeron y falsearon documentos y se manipularon declaraciones de testigos. Así que es prácticamente inevitable que queden preguntas sin responder y que existan huecos que no se puedan rellenar, a pesar de una profunda investigación. Este es el motivo por el que el libro no pretende reunir a todas las mujeres que estuvieron aliadas al poder.

Por cierto, falta un nombre en el que muchas personas puedan estar pensando: Eva Braun, compañera y esposa de Hitler. Ante las numerosas publicaciones de los últimos años, he preferido renunciar a realizar otra descripción de su vida. También faltan otros nombres, como por ejemplo Lucia Hiriart, la esposa del ex-dictador Pinochet o Imelda Marcos. Lamentablemente en estos casos, la investigación realizada sobre la vida de estas mujeres, tras la fachada oficial o descripciones manipuladas de su vida, no fue lo suficientemente productiva. Como ya he dicho: no pretendo que estén todas.

El hecho de ocuparme de las mujeres de los dictadores no significa que deje de lado el aspecto político-histórico en favor de lo privado. Para los dictadores sus mujeres no sólo fueron amantes o esposas, sino que en la mayoría de los casos fueron mucho más: compañeras y confidentes, cómplices activas y a veces, incluso colaboradoras.

Antje Windgassen



## *Las esposas del zar rojo:*

*Ekaterina Svanidze*  
*Nadezhda Alliluyeva*  
*Rosa Kaganovich*

Jossif W. Stalin ha pasado a la historia como uno de los más crueles tiranos y marcó el siglo XX, como ningún otro, con sus manejos políticos y crímenes. Pero no sólo fue un cruel dirigente político, sino también un hombre, que debido a su posición de poder, tenía literalmente a sus pies a las mujeres con las que se encontraba. A pesar de esto, no era considerado precisamente un esposo y amante cariñoso. A las mujeres las consideraba personas de segunda clase, que utilizaba según su voluntad y después, cuando estaba harto de ellas, las abandonaba a su suerte.

¿Cómo fue realmente la vida privada del dictador soviético? Su hija Swetlana afirmó: “Mi padre fue una buena persona.” Sin embargo ninguna de sus tres esposas confirmaron estas palabras cuando se les preguntó sobre el tema.

“Soñé con mi hijo y lo vi crecer convirtiéndose en el mayor patriarca de la iglesia rusa. Sé que esto ha sido un mensaje del todopoderoso”. Ekaterina Dschugaschwilli nacida en Gori, una pequeña ciudad al norte de Tbisili, fue una mujer de grandes convicciones religiosas. Estaba embarazada de tres meses cuando, loca de alegría, le contó este sueño a su vecina. De hecho, el 21 de diciembre de 1879 dio a luz un niño, que ella y su marido, el zapatero Wissarion, bautizarían con el nombre de Jossif Wissarionowitsch Dschugaschwilli. Posteriormente él se llamaría a sí mismo Stalin, el hombre de acero.

El padre de Jossif era un zapatero violento y alcohólico que golpeaba a su mujer e hijo y que apenas ganaba lo necesario para subsistir. La madre de Stalin no sabía leer ni escribir y debía trabajar duramente cosiendo para alimentar a su familia. El dinero que ahorra para la formación de su hijo y hacer realidad su sueño de que se llegara a convertir en el mayor patriarca de la iglesia rusa se lo quitaba, por así decirlo, directamente de la boca.

Jossif resultó ser un buen estudiante. Aprobó el examen final de la escuela con mención honorífica y en 1894 recibió una beca del seminario ortodoxo de Tiflis. Cinco años más tarde fue expulsado del seminario por llevar a cabo agitaciones revolucionarias. Jossif se dedicó por completo a la revolución y se afilió al partido prohibido de Lenin, “Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia”. Entre sus tareas figuraba el organizar huelgas y manifestaciones entre los trabajadores y llenar las arcas del partido mediante atracos a los bancos y asaltos a vehículos blindados. Jossif se llamó a partir de ese momento “Koba” (el implacable), eligió su apodo en recuerdo de un héroe popular georgiano. Koba, como afiliado a un partido prohibido, vivía la mayoría del tiempo en la clandestinidad y huyendo continuamente de la policía del zar. Tenía una vida insegura y peligrosa, no obstante, sabía que numerosos camaradas y simpatizantes le apoyaban y en caso de necesidad, no le faltaría un escondite o una cama donde dormir.

## *Ekaterina Svanidze*

Fue la primera mujer de Stalin y se casó con él cuando sólo era un pequeño revolucionario, sin embargo ya estaba decidido a conseguir llegar a lo más alto. Absolutamente apolítica, sometida sin condiciones y limitada a su papel de fiel esposa y madre preocupada, amó y admiró a su marido incondicionalmente. La serena Ekaterina no se opuso en nada al comportamiento dominante de su marido y a la transformación que le llevó a convertirse en un déspota despreciable. Ella era una mujer y esto significaba estar sometida a los hombres; así

era la ley y así lo enseñaba la iglesia ortodoxa y la sociedad de los zares. Ella no dudaba de estas reglas, por el contrario, las consideraba buenas y apropiadas, por lo que aceptó el papel de la mujer tradicional de su época sin protestar.

Ekaterina Svanidze nació en 1881 en Kaspegi, un pequeño pueblo junto a los viejos caminos militares, cerca de la ciudad georgiana de Tiflis. Sus padres, viticultores humildes, murieron cuando ella tenía seis años y dejaron huérfanos a su hermano Alexej y a ella, así que les acogió la familia. Alexej fue a casa del hermano de su padre y Ekaterina a casa de su abuela en Tiflis. Allí la viuda Svanidze poseía un par de vides y una pequeña casita de ladrillo con una habitación en la planta baja, una buhardilla y una bodega en el sótano. Fiel a un viejo proverbio georgiano, la casa se cerraba al exterior y se abría a la vid mediante ventanas y un balcón. “La vid exige todo el cariño de los viticultores”, decía el proverbio, “nada debe desviar su atención”.

Ekaterina, a la cual todos llamaban simplemente “Keke”, pasó allí su niñez y juventud, en las que se sintió protegida y querida. Bien es verdad que el dinero siempre escaseaba y la viuda Svanidze y su nieta estaban obligadas continuamente a ahorrar, pero habitualmente tenían lo necesario para vivir, cosa nada fácil en la Rusia zarista de finales del siglo XIX.

Keke, que con los años se convirtió en una joven morena georgiana de gran belleza, ayudaba afanosamente a su abuela con la casa y las vides. Era una joven religiosa, simpática, alegre y siempre dispuesta a echar una mano. Keke nunca fue a la escuela; en Georgia no se implantó la escuela obligatoria hasta 1931, pero el Pope de la iglesia Metechi le enseñó a leer y escribir un poco, por deseo de su abuela. Lo suficiente para una joven muchacha. El aprendizaje sobre el cultivo y la producción de vino, que ella y la abuela realizaban utilizando viejas tradiciones, le interesaba más que la formación intelectual. Así aprendió cómo se cogían las uvas y se pisaban y cómo se debía fermentar el zumo obtenido, denominado Matschari. Después se introducía el vino joven en vasijas de arcilla, también llamadas Kwewris, que se enterraban en la tierra y sólo sobresalía el cuello de la vasija. Y finalmen-

te aprendió a aislar estas vasijas con barro y cenizas hasta que el vino estuviera listo. Keke amaba su trabajo, incluso cuando éste era difícil y duro, y para alegría de su abuela, solía cantar con ella canciones georgianas populares. Cuando el vino había reposado y madurado lo suficiente, lo llevaban al mercado para venderlo. Sólo uno de los Kwewris permanecía enterrado bajo tierra según una vieja tradición; aquel que el padre de Keke rellenó el día de su nacimiento, el cual debía ser el primero en beber el día de su boda.

La casa de la viuda Svanidze se encontraba a las afueras de la ciudad de Tiflis, un poco apartada y situada a pocos minutos de las montañas frondosas que rodeaban la ciudad. Podría haber servido como escondite, por lo menos así le pareció al hijo de unos viejos amigos de los Svanidze, el periodista Lew Borisowitsch Rosenfeld, que unos años más tarde se hizo conocido bajo el nombre de Kamenjew. De este modo en el invierno de 1899-1900 llegó el joven a la casa de la viuda Svanidze acompañado de un muchacho de unos veinte años, con la cara llena de cicatrices causadas por la viruela y barba cerrada. Su amigo se llamaba Koba.

Rosenfeld le pidió a la viuda que acogiera a su amigo unos días y no le ocultó el motivo: nadie le conocía en Tiflis y como miembro del partido de Lenin, buscaba un escondite para poder continuar con su actividad revolucionaria. La viuda, simpatizante del partido prohibido, aceptó y le alojó en la pequeña bodega. Keke, que en aquel momento tenía 18 años, se sintió fascinada por Koba desde el primer momento. Bien es cierto que el muchacho era de pequeña estatura, no medía más de 1,65, pero tenía una espalda ancha, un cuerpo fornido y un gran carisma.

Once años antes, en 1889, se había proclamado en París el 1 de mayo, el día de la formación de la segunda Internacional Socialista, como día de la lucha obrera. Por este motivo, se había planeado el 1 de mayo de 1900 una manifestación en Tiflis y Koba la debía organizar. Aunque los trabajadores de su ciudad de origen, Gori, debían apoyar esta protesta, la organización de dicha acción fue muy costosa, pesada y exigió mucho tiempo. A pesar de esto, Koba encontraba

tiempo de vez en cuando para dedicarse a la bella Ekaterina, ya que él no rechazaba la clara admiración que ella le profesaba. El poco tiempo que Koba le dedicaba no era suficiente. Ella quería más y aunque no le interesaba la política en absoluto, terminó ofreciéndole su ayuda. A partir de ese momento participó en conspiraciones, entregó mensajes secretos y llevó a cabo otros encargos que Koba le confió. Ella era consciente del peligro que corría, pero lo asumía para poder participar en la vida de Koba.

La manifestación de mayo del año 1900 fue un éxito rotundo. Casi 1000 manifestantes, muchos de ellos vestidos con el traje típico caucásico, recorrieron las calles de la ciudad y cantaron himnos revolucionarios rusos. El vicerrey georgiano, que quería evitar un derramamiento de sangre, ordenó que los policías sólo dispararan al aire; sin embargo al finalizar la manifestación se decidió que había que buscar a los responsables y Koba tuvo que huir de nuevo.

En cambio Keke, que había participado en la manifestación, no figuraba en la lista de detenidos y pudo quedarse en Tiflis. Allí esperó a que su amado diera alguna señal de vida, pero fue inútil, no recibió noticias de Koba. Y aunque estuvo pendiente de las escasas noticias que Rosenfeld le traía, se aferró firmemente a su relación amorosa. Durante este periodo Keke recibió dos propuestas de matrimonio de jóvenes del vecindario, las cuales rechazó, cosa que disgustó mucho a su abuela.

Keke se enteró por Rosenfeld de que Koba se había dirigido en primer lugar a Gori y después a casa de un primo suyo que vivía en un pequeño pueblo de la montaña. Aunque él habría estado seguro allí, proseguía su camino y seguía huyendo. Rosenfeld nunca mencionó la razón por la que Koba huía constantemente, que era por haber violado a una muchacha de catorce años. Lo siguiente que Ekaterina supo de él fue que estaba en Batum. Allí intentó infundir las ideas del Partido Obrero Socialdemócrata a los trabajadores de las refinerías de petróleo y del puerto. Ekaterina jugaba con la idea de reunirse con él en la ciudad portuaria del Mar Negro, incluso cuando el ferrocarril entre Tiflis y Batum aún no estaba terminado. Pero el

plan fracasó sobre todo porque Koba fue detenido y pronto sería desterrado a Siberia. Pasaron dos años sin que Ekaterina tuviera noticia alguna sobre él.

La abuela de Keke murió y ella se quedó sola en la pequeña casita de ladrillo. No obstante seguía esperando y rezando, alimentando la idea de que Koba volvería un día. De hecho, a principios de 1904, apareció de repente ante su puerta. Había logrado huir de su destierro en Siberia y había llegado a Tiflis con la documentación de un comerciante de alfombras que había muerto y cuyo nombre era David Nischeradse. Koba retomó enseguida su trabajo revolucionario en Georgia y éste le llevó de nuevo a Gori, su ciudad de origen. Ekaterina se fue con él. Los familiares de Koba estaban disgustados, porque en contra de la tradición, vivía con la joven sin haber contraído matrimonio. Keke, naturalmente, se habría casado cuanto antes, pero Koba tenía un argumento muy convincente para posponer continuamente la boda: era uno de los hombres más buscados por la gendarmería y la policía secreta del zar, por lo tanto no podía conseguir los papeles y documentos necesarios para el casamiento. Por lo menos se esforzó en buscar una solución y la consiguió, porque existía una razón para ello: “Ekaterina Svanidze”, según dijo Rosenfeld en una entrevista concedida a un periodista americano, “era la única persona en la tierra a la que apreciaba y con la que se comportaba humanamente”. Finalmente, el pope Kurdiani, un antiguo compañero de estudios del seminario, se mostró dispuesto a officiar la boda secreta. El enlace matrimonial de Jossif Dschugaschwili y Ekaterina Svanidze está inscrito en el registro de la vieja iglesia georgiana de Gori a fecha de 22 de julio de 1904. El “gran revolucionario”, el exacerbado “enemigo de la religión” se había casado por la iglesia con Ekaterina.

Poco después de la boda, los guardianes de la ley descubrieron que el supuesto David Nischeradse, que vivía en Gori desde hacía un tiempo, era en verdad Jossif Dschugaschwili, es decir, el buscado revolucionario Koba. Koba debía desaparecer de nuevo para evitar que le detuvieran y decidió huir con Keke a Bakú, ciudad portuaria del mar Caspio. Apresuradamente empaquetaron sus escasas pertenencias y

abandonaron Gori. Viajar con el ferrocarril transcaucásico desde Tiflis hasta Bakú habría sido el camino más fácil y cómodo pero, por extremar la seguridad y por miedo a la policía, tomaron el largo y pesado camino a Rustawi a través de las montañas. Desde allí consiguieron llegar sanos y salvos a su destino en tren.

En Bakú, Koba fue elegido secretario del comité de huelga. Keke fue consciente, desde el principio, de que su marido se estaba metiendo en un asunto peligroso. A pesar de esto, o precisamente por este motivo, se esforzó en poner un poco de orden y normalidad en su vida. Mantenía limpio el pequeño piso en el que vivían, lavaba y remendaba sus ropas y le servía un plato de comida caliente tan pronto como asomaba por la puerta. Nunca se le ocurrió la idea de cuestionar los actos de su marido o de criticarle. Por un lado, porque lo amaba muchísimo y tenía miedo de perderle, y por otro, porque le había jurado fidelidad y obediencia ante el altar, la cual era una razón de más peso. Él era su señor y todo lo que él hacía estaba bien ante sus ojos; tanto si asesinaba policías como si llevaba a trabajadores y agricultores a un levantamiento armado. Dudar de él o negarle lealtad hubiera significado, según las normas con las que fue educada, romper el juramento que realizó ante el altar y de este modo rebelarse contra Dios.

El 23 de marzo de 1905 Ekaterina Dscugaschwilli trajo al mundo un niño que fue bautizado con el nombre de Jakow y al que ella llamaba "Jascha". Fue un parto difícil del que Keke nunca llegó a recuperarse. Su salud empeoró, aún más cuando contrajo una pleuritis, que finalmente se convirtió en una tuberculosis galopante. Koba, que si bien es cierto que siempre hacía hincapié en lo mucho que amaba a su mujer, se ocupó poco de la enferma. El partido era siempre lo más importante y a él se dedicaba día y noche.

El estado de Keke se agravaba día a día. Obviamente esto se debía en primer lugar a su enfermedad pero posiblemente también le afectó el darse cuenta de lo poco que significaba para su marido. Ella sabía que le mentía y él se justificaba diciendo que ella estaba muy débil para mantener relaciones sexuales, en particular para sus poco cariñosos métodos. Keke sufría con su falta de amor y su comportamiento

desconsiderado y al final su enfermedad empeoró dramáticamente. En la mañana del 10 de abril de 1907 le pidió que pasara junto a ella sus últimas horas de vida, pero únicamente le concedió unos minutos en los que ella logró arrancarle la promesa de que sería enterrada según el rito ortodoxo. Ekaterina murió sola.

Iremaschwili, un pariente y amigo no muy cercano, que estuvo presente en el entierro, escribió sobre él: “cuando el pequeño cortejo fúnebre llegó a la puerta del cementerio, Koba me cogió la mano y señalando al féretro dijo: «fue el único ser que podía conmovier mi corazón. Está muerta y con ella ha muerto en mí todo sentimiento hacia las personas.» Cogió su mano, la puso sobre el corazón y añadió: «está vacío, extremadamente vacío»”.

Fue indudable la sinceridad de sus palabras y lo demostró tan pronto como abandonó el cementerio, ya que rápidamente olvidó el luto, así como a Jascha, el amado hijo de Keke. Koba no mostró ningún interés por su primer hijo de dos años y estaba decidido a dejarlo en un orfanato, pero antes de que esto ocurriera, Alexej Svanidze, el hermano de Keke, y su mujer se mostraron dispuestos a criarlo.

Incluso en años posteriores padre e hijo tuvieron poco contacto. En 1941, durante la segunda guerra mundial, Jakow, que ostentaba el grado de capitán, fue capturado prisionero. Cuando se supo que era el hijo del dirigente soviético se ofreció un intercambio de prisioneros, sin embargo Stalin no mostró ningún interés por aquella propuesta. Cuando Jascha Dschugaschwili se enteró de que su padre había encarcelado y ejecutado a Alexej y Marija, los padres tutelares que con tanto cariño le habían criado, cayó en una profunda depresión. Buscando provocar a los guardias del patio de la prisión, se precipitó sobre el alambre de espino cargado eléctricamente. De este modo cumplió su objetivo y murió asesinado por una lluvia de balas.

El 22 de enero de 1905 se reunieron ante el palacio de invierno de San Petesburgo unas 200.000 personas, hombres, mujeres y niños, para manifestarse pacíficamente y pedir una mejora de su situación económica y política. Sin embargo el tío del zar Nicolás II permitió a las tropas del zar disparar contra la multitud: cientos de manifestantes

fueron asesinados en este “domingo sangriento” y varios cientos más fueron heridos. Esta masacre fue la señal para la revolución. Se llevaron a cabo huelgas y levantamientos en todas las partes de Rusia. Estos sucesos coincidieron en el tiempo con el nacimiento del primer hijo de Koba y la enfermedad de su mujer Ekaterina, así como con la ascendente carrera vertiginosa del revolucionario. Se había convertido en uno de los dirigentes de su partido.

En los años posteriores su contribución a la política del partido fue más bien práctica. Reclutó a nuevos afiliados, a menudo mediante chantajes brutales, participó en atracos a bancos para “expropiar” dinero para las arcas del partido e incluso llenaba dichas arcas con ingresos que provenían de burdeles, que él mismo regentaba. De vez en cuando lo encarcelaban o enviaban al destierro pero siempre lograba huir.

Lenin valoraba al camarada Jossif Wissarionowitsch Dschugaschili, alias Koba, y sobre todo debido a su capacidad de organización, lo incluyó en el año 1912 en el comité central bolchevique y le dio un nuevo nombre: Stalin.

## *Nadezhda Alliluyeva*

En el periodo que Stalin pasó en Tiflis, justo antes de que pudiera esconderse en casa de la viuda Svanidze, había estado escondido unos pocos días en casa de su amigo Sergo Allilujew. Sin embargo allí no podía quedarse mucho tiempo porque el piso enseguida comenzó a estar bajo vigilancia policial. Además las dos diminutas habitaciones eran demasiado pequeñas para albergar a su familia y a su primera hija, a la que dio a luz allí la mujer de Allilujew, Olga Eugejewna. Fue una niña a la que bautizaron con el nombre de Nadezhda.

Diecisiete años más tarde, tras la revolución de febrero, que comenzó con el levantamiento del 8 al 12 de marzo de 1917 (según el calendario juliano, entonces utilizado en Rusia, tuvo lugar del 23 al 27 de febrero), Stalin se encontró de nuevo con los Allilujew en San

Petesburgo. Sergo Allilujew buscó un sitio donde alojar a su amigo, ahora dirigente de los bolcheviques de San Petesburgo y le ofreció una habitación en su casa, propuesta que Stalin aceptó agradecido.

Nadezhda contaba entonces con 17 años de edad y se había convertido en una joven inteligente y ávida de saber. Testigos de la época describieron su extraña belleza: menuda, delicada, con una tez blanca de extraordinaria belleza, nariz recta y con una boca bien formada. Educada en un entorno revolucionario, estaba acostumbrada a escuchar conversaciones sobre conspiraciones y encuentros secretos, le interesaba mucho la política y estaba familiarizada con los objetivos de los bolcheviques, con los cuales se identificaba. Más aún, estaba entusiasmada con las ideas políticas del comunismo, la creación de un gobierno constitucional moderado, la erradicación del capitalismo y el establecimiento de una nueva sociedad, en la que todas las personas fueran iguales y nadie tuviera que vivir en la miseria.

Era evidente que Nadezhda veneraba a Stalin, cuya ascensión había seguido desde su niñez, y estaba orgullosa de que viviera precisamente en casa de su familia. Muy pronto ofreció su ayuda al “tío Jossif” y de esta manera le fue liberando de los trabajos de la secretaría que se iban acumulando.

El 25 de octubre de 1917 (en el calendario gregoriano correspondería al 7 de noviembre) los bolcheviques tomaron el poder. Lenin fue elegido presidente del consejo del comisariado popular y con ello elevado prácticamente a jefe de gobierno. Una de las primeras acciones oficiales llevada a cabo por el nuevo gobierno fue la elaboración de una nueva relación de las propiedades. Todos los bienes inmobiliarios de la familia del zar, la nobleza, las propiedades de los señores, los conventos y la iglesia se convirtieron en propiedad del estado. Únicamente quedaron excluidas las tierras de los pequeños campesinos y los modestos cosacos. Se prohibió el trabajo asalariado en el campo, que lo debían cultivar con sus propias manos aquellos a los que le pertenecía. El 17 de noviembre de 1917, Lenin concedió el derecho a la autodeterminación a todos los pueblos que habían pertenecido al antiguo reino del zar. En consecuencia, poco después declararon su inde-

grandes y fuertes porque ellos se ocuparían de que su descendencia siempre tuviera suficientes alimentos y pudiera sobrevivir.

En la época prehistórica se trataba de fuerza física, hoy algunas mujeres buscan instintivamente a los ricos, las estrellas, los ídolos y a los señores de la economía. El aspecto, edad o incluso carácter del “objeto ansiado” parece que apenas es importante, lo que les hace eróticos es la influencia que puedan ejercer y el dinero. De este modo, no nos sorprende que los líderes de sistemas totalitarios, los autócratas y dictadores de estados enteros, dotados del mayor poder imaginable, deban parecer atractivos a las mujeres.

Doce de estas mujeres han sido presentadas en este libro, sus vidas, sus impresiones y la relación que ellas tuvieron con el poder. Algunas eligieron a “sus” dictadores conscientes de ello y de forma perseverante, para obtener con ello intereses personales o así conseguir que ellas mismas pudieran ejercer poder.

Tres de ellas constituyen, en cierta medida, una excepción: Ekaterina Svanidze y Rachele Mussolini eran cómplices y confidentes, pero apenas se aprovecharon de la posición de su marido. En lo que atañe a Nadezhda Alliluyeva, incluso intentó cruzarse en el camino de Stalin y tuvo que pagar con su vida. No obstante, estas tres mujeres también alcanzaron el “erotismo del poder”. Ekaterina se casó con un hombre que, aunque aún no había llegado a la cima de su carrera, ya tenía marcado su camino tenazmente. La predisposición y el talento de los hombres poderosos, sin duda, estaba presente y era algo reconocible en el joven Stalin. Podríamos decir lo mismo en cuanto al momento en que Rachele conoció a Mussolini; no sin motivo, escribió: “me gustaba su carácter intrépido, superaba los obstáculos y sólo se detenía cuando el problema ya se había solucionado. Me impresionaba mucho cuando todos le escuchaban atentamente en las reuniones y pronunciaba su discurso con la firmeza de un desafío.”

También parece que el poder fue el afrodisíaco de Nadezhda Alliluyeva. Sin embargo, aunque ella era consciente de que Stalin abusaba de su poder, reunió la fuerza para romper su alianza con el poder, por lo menos en parte.

Todas las mujeres descritas en este libro estuvieron dispuestas a aliarse con el poder. Incluso cuando se pueda buscar el motivo por el que lo hicieron en un instinto arcaico, cada una de ellas fue responsable de sus propios actos y vivió el papel que le tocó a su manera.